

FESTIVAL DE EUROVISION: IT'S JUST A GAME

LUIS DAVILA

Aunque los noruegos no pintaron ni poco ni mucho en la carrera hacia el primer premio, el título de su canción es el que daba sentido, al es que tiene alguno, al Festival de la Canción de Eurovisión de 1973. Un juego. Simplemente un juego de ruleta o lotería, en el que los prestigios nacionales y los beneficios de las casas discográficas tienen la primera y la última palabra. Es más, un juego que últimamente aburría más que divertía, y que sólo se ha animado en 1973 gracias a un protagonista que no llegó a estar en Luxemburgo, pero que desde la distancia graduaba el interés de los Juegos Olímpicos de la Canción Europea. Ese protagonista invisible o distante era Al Fathat.

Los guerrilleros palestinos estuvieron a punto de convertirse en los principales jurados del premio. Israel, como miembro de Eurovisión y militante en Occidente, participaba por primera vez, con una canción mediocre titulada «Ey Sham», cantada por una rubia teñida (muy bien teñida, por cierto), titulada, más que llamada, Ilanit. La concurrencia israelita creó un cierto morbo por si la señora o señorita Ilanit era raptada por un comando palestino o explotaba el bombo de la orquesta como consecuencia de una bomba sagazmente camuflada.

Los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire de Luxemburgo acorazaron el Festival, y el Ducado de la opereta, del carbón y del acero tenía un cierto clima de regicidio precursor de la tercera o la cuarta guerra mundial. Tanta atención previa mereció la delegación israelí, que su canción fue considerada favorita «avant macht», sin que a estas horas nadie se explique por qué. No es que «Ey Sham» sea una canción peor que las tres cuartas partes de las participantes, pero tampoco era mejor.

LAS SUCURSALES DEL REINO UNIDO

La colonización cultural anglosajona fue la nota dominante en el Festival. El Inglés fue la lengua primate, primacía condicionada por las reglas del mercado del disco, que al parecer respetan a rajataba todos los países nórdicos. En cambio, no fueron excesivamente respetadas las reglas de la visualización, porque una de dos, o las razas nórdicas se han agotado en su generosa repoblación veraniega de las costas del Mediterráneo o



La representante de Israel (página contigua), Ilanit, en torno a la cual se creó cierto morbo previo, que la hizo salir casi como favorita. Mecedades (izquierda) cantó «Eres tú», la mejor canción española en trece años de participación. Cliff Richard (abajo), dentro de la retórica «richardiana», que pudo enajenarle los votos de quienes no están de acuerdo con él como personaje.

comprensible en cualquier matrimonio a partir de los quince días de la boda. Tan incomprensible, que despierta inmediatamente una automática antipatía restadora de votos.

Propongo, pues, a Televisión Española que recomiende a Eurovisión la utilización de matrimonios mal avenidos, o peor avenidos, que cuando canten se miren con indife-

asistimos a una clara regresión estética vikinga. Un festival concebido para imponer una canción, en gran parte gracias a la percha de los cantantes, se caracterizó precisamente por la fealdad media de los concursantes. Fealdad que tuvo su «Fosa de Tonga» en la participación noruega. Los noruegos abdicaron de la formalidad de cantar en noruego y de la formalidad de aportar cantantes presentables. Lucieron un bizco como una casa, y si nada hay que reprochar a los bizcos, todos ellos dignos de mejor suerte y causa, sí hay que reprochar a los seleccionadores noruegos que pasaran por la aguja estrecha de la anglosajonización, y en cambio, no lucieran mejores prototipos de vikingos de exportación.

Con decir que Cliff Richard era el animal humano más guapo de la competición está todo dicho. Hasta tal punto, que es muy probable que para Richard cuadre la tesis que da título a aquella comedia de Carlos Llopi, «El pecado de ser guapa», que tanto éxito tuvo, de la mano de la compañía de Davó y Alfayate, en los años cuarenta. En esta competencia de adefesios, el primer premio se lo hubiera llevado un draculino matrimonio belga vestido de unisex, y que conseguían lo que sólo está al alcance de los matrimonios mejor avenidos: parecerse físicamente. Nicola y Hugo cantan muy bien, bailan muy bien, lucen el vestuario que Bela Lugosi hubiera empleado para presentarse al Festival de San Remo, pero son televisivamente impresentables. Es más, vengo observando que los matrimonios cantantes que aparecen en la «tele-» finguen una dedicación amorosa in-





rencia o con odio. Una cierta dosis de realismo no le iría mal al Festival, incluso aunque sea realismo fingido.

ENTRE LO MARCHITO Y LO MEDIOCRE

Los comentaristas franceses se habían mostrado muy duros con la canción «Sans toi». El crítico de «L'Express» había escrito: «"Sans toi" ha conseguido una extraña unanimidad crítica: no le gusta a nadie». Una canción como la francesa que mantiene las altas cum-

bres de la mejor canción mundial, ¿cómo puede concurrir una y otra vez a Festivales de Eurovisión con mediocridades semejantes? Un «ranking» de intérpretes en el que se nos ocurren ahora, y de memoria, una veintena de primera talla, ¿cómo puede dar la selección de la señorita Clemenceau, discreta cantante que merece un lugar discreto entre los cien mejores cantantes franceses del último semestre?

Por otra parte, venimos observando con cierta alarma la decisión continuada que anima al Principado de Mónaco cuando año tras año se

esfuerza en elegir a la cantante más marchita del «hit parade» monégasco. ¿Recuerdan a Severín, la vencedora en el Festival de Dublín? Aquella triste muchacha ajada, de voz bonita y sabia, pero precaria, tuvo una digna heredera en Marie, una muchacha que pide a gritos un chequeo médico. Ante Marie, simplemente Marie, a uno se le despertaba aquella solidaridad recelosa que suscitaba la tuberculosis en los años cuarenta y que hacía exclamar a las matronas que habían salvado sus grasas de la conspiración del racionamiento: «Esa chica necesita cuidado, mucho cuidado».

¿A qué santo tanto descuido del erotismo? ¿Acaso hay una campaña europea de guerra a la erotización? Más bien creo que los organizadores reservaban toda la carga erótica para la participación israelí. ¿Explotaría por los aires aquella hermosa rubia, víctima de una bomba infiltrada en su escote por un palestino? ¿Sería acuchillada, en pleno escenario, por Ben Arafat disfrazado de Gran Duque de Luxemburgo? ¿Acaso sería bombardeado el Gran Teatro de Luxemburgo por un «Concorde» robado por un comandante palestino? La estampa del King Kong del desierto trepando por las almenas encantadas del Gran Ducado, portador de una rubia estremecida, compensaba imaginativamente de la pereza visual que suscitaba la concurrencia restante. Los seleccionadores israelitas además habían metido en el lote a una directora de orquesta con mucho «charme», una mujer con auténtica «clase», como se decía antes de la guerra del Vietnam.

CUANDO LO CORTES QUITA LO VALIENTE

Las votaciones progresivas pronto decidieron que la cosa estaba entre la canción luxemburguesa, «Tu te reconnaitras», la inglesa, «Power to all our friends», y la española, «Eres tú». Suelo ser sincero cuando juzgo cosas ante las que puedo mostrarme sincero, y en mi tradición de comentarista del Festival he dicho lo poco y mal que opinaba de las canciones que habían representado a Televisión Española. Pues bien, la canción de este año es la mejor de las trece que TVE ha enviado en sus años de militancia televisiva. La mejor, como unidad de música y letra, y además muy bien adecuada a las características de los cantantes escogidos.

«Eres tú» no sólo era la mejor canción española en trece años de participación, sino la mejor canción del presente Festival. ¿Por qué la victoria de la canción luxemburguesa? El hecho de que los Jurados voten con la cara descubierta, ante el compromiso de las cámaras y la hipoteca del país organizador, condicionó el que fuera aumentando la cuenta de la canción luxembur-

guesa ganadora. La canción era una de las mejores, y fue muy bien interpretada por Anne Marie David. Pero sin el peso psicológico de la cortesía, «Tu te reconnaitras» no habría pasado de un tercer o cuarto lugar, por detrás de la española, la inglesa y tal vez la israelí, con el patrocinio indirecto de Al Fathat.

Anne Marie David interpretó su canción con convicción y fuerza de vencedora. También este pudo ser un factor persuasivo importante. Richard actuó muy bien, pero dentro de la retórica «richardiana», fiel a sí mismo como personaje, y esta actitud pudo enajenar los votos de los que no están de acuerdo con Cliff Richard como personaje. Mecedades actuó bastante bien, aunque la nota dominante de la calidad de la solista se contrarrestara por su evidente nerviosismo. La muchacha parecía cantar con ganas de sacarse de encima cuanto antes el angustioso compromiso. Con posterioridad a su actuación, era la intérprete más agarrada, más impresionada por la marcha de las votaciones. Había cantado con el mismo clima interior y se había notado.

No obstante, «Eres tú» sólo tenía un rival posible en la canción inglesa. Eran, con mucha diferencia, las mejores, y sólo las reglas de la cortesía pudieron con ellas. Extraño sentido de la «politesse», porque fue evidente la guerra de votos mantenida entre los Jurados del área anglosajona y los Jurados del área latina. Cada una de esas áreas eligió un liderazgo a la vista de las canciones mejor colocadas, y votó con espontáneo espíritu de defensa de su líder. O «Eres tú» o «Power to all our friends». En esta guerra, nada cortés, de votos, los Jurados de España y el Reino Unido se devolvieron la descortesía de votarse casi a la mínima, o al menos, claramente a la baja.

EL DISCRETO ENCANTO DEL PÚBLICO

De todos los Jurados, el más precioso fue un cantante sulzo al que le dio por la epilepsia y votaba con gesticulación de jilipoyas directamente exportado del reino de los jilipoyas. No divirtió al envarado público luxemburgués, que tenía complejo de Gran Duque asistente o complejo de Al Fathat, porque rió discretamente un magistral «show» del catalán Charly Rivel. Disfrazado de la diva Carlota Rivello, el genial payaso se valió de su lenguaje universal, que, al parecer, no es el de las fuerzas vivas de Luxemburgo cuando se disfrazan de cortesanos. Un público frío, como corresponde a las gentes educadas y a unos niveles que ya sólo suscriben las gentes educadas de provincias que se quedan lejos de las vías de los trenes. ■